VII

La fatal estrella que sin duda habia presidido al nacimiento de la reina de Escocia, no la abandonó en toda su vida; pues á pesar de las instancias de Lord Herries y de los amigos que la acompañaron hasta la embarcacion que la condujo, como hemos dicho, á Inglaterra, insistió en acogerse á la generosidad de Isabel, en vez de retirarse á las montañas, donde todavía hubiera podido reunir leales y poderosos amigos, ó pasar á Francia, en cuyo país habria vivido tranquila, segura y feliz.

El comisario inglés condujo á la reina al castillo de Carlisle, y como fué recibida con todo el respeto y consideraciones debidas á su desgracia y á su rango, sus esperanzas renacieron; pero trasladada pocos dias des-

pues al castillo de Bolton, se vió rodeada de soldados y de caballeros que mas bien parecian guardarla como una prisionera, que no agasajarla como una soberana.

Luego que llegó á noticia de la reina Isabel lo que habia acontecido, no pudo disimular el júbilo que le causaba el que al fin la contraria fortuna hubiese puesto en su poder á su hermana de Escocia.

Isabel, allá en el fondo de su corazon, conservaba hacia algunos años un rencor oculto y una enemistad profunda, que se manifestó en todos los actos de su vida. Heredera del carácter celoso y sanguinario de su padre, no podia sufrir á un rival ni perdonar ninguna ofensa.

María Estuardo se habia titulado despues de su casamiento con Francisco II, reina de Francia, de Escocia y de Inglaterra; María habia dado á luz un hijo, que debia ser, como en efecto fué, el sucesor de la *reina vírgen.*[1] María Estuardo era católica romana, y sobre todo, era mas bella y mas jóven que Isabel, y este era el principal motivo de envidia y de rivalidad.[2]

Tres cosas ocurrieron á los consejeros íntimos de

1 Así llamaban á Isabel sus partidarios.

2 Isabel no era fea ni desagradable, como lo han hecho creer algunos escritores, ni como la han representado en los últimos tiempos las pinturas. En la galería de *Hampton Court* existen varios retratos de Isabel hechos por Holbein, y á pesar de que este gran pintor daba á todas sus fisonomías un tinte de tristeza, aparece Isabel, aunque muy jóven, de facciones regulares. En su juventud, dicen algunos escritos de su tiempo, era una mujer alta, de cabello muy rubio, de ojos azules llenos de fuego y de expresion, de cútis muy blanco y suave, y con un conjunto de majestad que no dejaba duda de que habia nacido reina. María Estuardo era, sin embargo, muy superior á Isabel en hermosura, como se verá cuando se trate de algunas otras particularidades de su vida.

la reina: probablemente el duque de Leicester era uno de ellos. La primera, ayudar á María con tropas y recursos á reconquistar su trono; la segunda, embarcarse para Francia; la tercera, retenerla prisionera. Isabel se decidió por este último extremo, y aunque no tenia derecho para aprehender á una soberana de otro país, que habia voluntariamente buscado la proteccion y el amparo de una parienta, la ocasion le dió motivo para ello. El partido contrario á María en Escocia la acusaba de complicidad en el asesinato de Darnley: así, Isabel se erigió desde luego en árbitra de esta causa, y á pesar de las protestas y súplicas de María, se negó constantemente á darle una audiencia, y convino en que se formase un tribunal de investigacion para juzgarla. Murray, el regente de Escocia, pasó á Inglaterra y se convirtió en acusador personal de su propia hermana.

Al cabo de cinco meses de investigaciones, la reina Isabel declaró que no encontraba nada que pusiese en duda el honor del conde de Murray, pero que tampoco habia suficientes pruebas para considerar culpable á la soberana de Escocia. Todo esto pareció indicar que se le pondria en libertad; pero lejos de que esto sucediera así, el regente regresó á Escocia lleno de consideraciones y provisto de abundantes sumas que le habia prestado Isabel; y María, ya sin motivo ni razon ostensible, continuó prisionera.

En este tiempo, el duque de Norfolk, guiado acaso del amor que inspiraba la reina de Escocia á cuantos la trataban, concibió el proyecto de darle la libertad

y restablecerla en su trono, contentándose con ser recompensado con la mano de la hermosa y desgraciada prisionera. Antes de tiempo fué descubierto el plan, y el duque de Norfolk reducido á prision, de donde se le sacó algunos meses despues para darle la muerte en un patíbulo. Los condes de Westmoreland y Northumberland, que eran cómplices en esta conspiracion, no tuvieron mas arbitrio, así que vieron el fin trágico de Norfolk, que reunir á sus vasallos y declararse en abierta rebelion. Isabel envió contra ellos algunas tropas, que en pocas semanas los derrotaron y dispersaron completamente. El conde de Westmoreland, disfrazado y con mil riesgos pudo llegar á la frontera, y de allí logró embarcarse para Flandes, donde murió antes de volver á su país. Northumberlan menos afortunado, fué hecho prisionero y confinado al castillo de Lochleven, donde tambien acabó su vida, en la misma triste y solitaria torre donde habia estado prisionera María Estuardo.

Estas conspiraciones, que se repetian frecuentemente, en mayor ó menor escala, los esfuerzos que hacia el partido católico, alentado por la bula de Pio V, que habia declarado á Isabel destituida de su reino de la tierra, y privada de entrar en el de los cielos, y la hermosura de María, que en esa época singular inspiraba á algunos jóvenes empresas y hazañas atrevidas, ocasionaron que Isabel dia por dia aumentase los rigores de su prision, y sin dar oidos á sus súplicas ni treguas á su resentimiento, la hacia conducir de castillo en castillo, bajo la custodia de carceleros que caian de su

gracia desde el momento que daban á la cautiva algunas muestras de benevolencia y consideracion.

Diez y ocho años duró la cautividad de la reina de Escocia. Durante este período fué trasladada de Bolton á Tutbury, de este lugar á Wingfield, á Shefield, á Chatswoorth, á Chaxtley, á Tirhall, y finalmente á Fotheringay, donde terminó su vida; pero antes la mano invisible de la Providencia castigó tambien á sus encarnizados perseguidores. Nos detendremos un momento en la breve narracion de los sucesos de Escocia durante la cautividad de María en Inglaterra.

Murray regresó á Escocia, como hemos ya asentado, con treinta mil libras en oro, y con toda la influencia de la soberana inglesa. Con estos elementos logró en breve vencer á los enemigos, que aun conservaban las armas en la mano, y consolidarse en la regencia. Entre los rebeldes se contaban seis Hamilton, que condenados á muerte, fueron perdonados por el influjo de Knox. Uno de estos era un jóven de un cáracter indomable y altanero, y se llamaba Hamilton de Bothwellhaugh: aunque indultado de la pena de muerte, se le confiscaron todos sus bienes, regalándose el castillo en que residia su familia á uno de los favoritos del regente. El nuevo propietario se dirigió inmediatamente á tomar posesion del dominio, que se llamaba *Wood house*, y estaba situado cerca de la aldea de Roslin, y fué tan brutal y arbitrario, que no solo arrojó inmediatamente á los sirvientes y arrendatarios sino que á la esposa de Bothwellhaugh, que era una mujer jóven y hermosa, la hizo salir desnuda de su

recámara, y la puso así en la calle en un dia en que caía una fuerte nevada. La pobre mujer no pudo resistir este inhumano tratamiento, y al mirarse en las calles de la aldea de Roslin, desnuda y arrojada de su propia casa, al rigor de la intemperie, perdió la razon y murió á poco tiempo.

El marido juró vengarse, no del inmediato actor, sino del conde de Murray, que era la causa de las desgracias y persecuciones de los Hamilton. Un dia en que el regente debia pasar á una hora fija por Linlithgow, se escondió Botwell en una casa vacía, situada en una esquina, y que pertenecia al arzobispo de San Andrés; cubrió la pared con un lienzo negro para que no pudiera verse su sombra desde la calle, tendió en el suelo colchones para que no se oyera el ruido de sus pasos, cerró y atrancó por dentro las puertas y colocó, en la puerta del jardin que daba al campo, un caballo muy ligero. Tomadas así todas las precauciones, cargó su escopeta y esperó.

A poco se presentó el regente por el extremo de la calle, y aunque algunos de los que le acompañaban le advirtieron del peligro, como era animoso, no hizo caso de tales observaciones, y continuó avanzando con la mayor confianza: tan luego como llegó al frente del balcon, se oyó el estallido de una arma de fuego, y una bala le traspasó el pecho, y saliéndole por el pulmon, mató todavía al caballo de uno de los caballeros que iban cerca. Inmediatamente los guardias de la escolta se lanzaron con espada en mano á la casa; pero antes de que hubiesen podido derribar las puertas, Botwell

habia montado en su caballo y salido del jardin: otros que lo observaban, lo siguieron á todo escape: Botwel corria, corria sin perdonar la espuela ni el látigo, hasta que llegó á la orilla de un ancho precipicio; allí hizo uso del puñal, picó con él al caballo, y de un salto prodigioso se puso del otro lado, y siguió en su carrera sin que sus perseguidores pudieran darle ya alcance.

En la noche expiró, á resultas de la herida, el conde de Murray, regente de Escocia y cruel perseguidor de su desdichada hermana.

Por muerte de Murray fué escogido para regente el conde de Lenox, padre de Darnley, quien desde luego procuró conciliar los ánimos; pero sus esfuerzos fueron inútiles, porque los dos partidos, cada vez mas encarnizados, continuaron las hostilidades, y en las calles de las ciudades, en los campos y en los castillos, combatian unos, en nombre de la madre contra el hijo, que sin edad, sin uso de razon tal vez, estaba en el trono; y otros en nombre del hijo contra la madre, que estaba cautiva y tratada con la mas escandalosa iniquidad por la reina de Inglaterra. Tal era el estado de desmoralizacion y de desórden en que estaba Escocia en esos años.

El gobierno de Lenox fué corto, y no tuvo mejor fin que el de su antecesor; Kirkaldy de la Grange, que era uno de los caballeros mas valientes y mas atrevidos de su tiempo, no solo se declaró en la fortaleza de Edimburgo, de que era gobernador, partidario de la reina María, sino que concibió la idea de reducir á pri-

sion á todos los miembros del parlamento. Al efecto, envió á Stirling á Claudio Hamilton con quinientos caballos; y bajo la direccion de una persona que conocia bien las localidades, lograron sorprender la guarnicion, y aprehender en sus propias casas á todos los lores, excepto al conde de Morton, que se encerró y comenzó á hacer fuego. Esta resistencia hizo organizar una defensa mas formal, y mientras la guarnicion sorprendida se reponia y concentraba, los vencedores se dispersaban, y eran rechazados por el fuego que se les hacia desde la colina donde está edificado el castillo. El resultado final fué que la empresa de Kirkaldy se malogró; pero el regente Lenox pereció, porque hecho prisionero mandó Claudio Hamilton que le dieran de puñaladas.

Por la muerte de Lenox entró á desempeñar la regencia el conde Morton.

Ayudado por las tropas inglesas puso sitio á la fortaleza de Edimburgo, y á cabo de treinta y tres dias capituló, por falta de agua y de víveres, el valiente Kirkaldy, que fué entregado despues vilmente por el general inglés, y decapitado por órden de Morton.

La extremada avaricia de Morton, sus actos injustos y crueles, y su carácter bajo y rastrero en algunas ocasiones, lo desconceptuaron tanto, que se vió obligado á renunciar la regencia y retirarse á su castillo de Dalkeit; pero su genio inquieto no le permitia permanecer mucho tiempo lejos de la política; así es que quiso mezclarse de nuevo en los negocios, y sustituir con otras personas el consejo que él mis-

mo habia establecido á su salida del gobierno; pero Jacobo VI era ya mayor, tenia á su lado otras personas que influían en su carácter, y el poderoso conde, lejos de volver á la cumbre del poder cayó en la mas completa desgracia, que lo condujo hasta el cadalso.

Jaime Estuardo, favorito del rey, entró un dia al consejo y acusó públicamente al conde de Murray del asesinato de Darnley: inmediatamente fué reducido á prision, juzgado y condenado á muerte, sufriendo su martirio en una máquina que llamaban la *doncella*, y que él mismo habia introducido en Escocia.

Algunos años despues, el Dr. Guillotin, en un brillante discurso, ponderaba en la tribuna francesa la felicidad suprema que disfrutaban los que morian en el instrumento que él habia inventado, y que se llamó *guillotina;* pero se ve por los escritos y documentos de la historia de Escocia, que Guillotin era solo un plagiario, y que el instrumento terrible de la libertad hacia mucho tiempo que habia servido ya para separar de los hombros las cabezas de los nobles y de los poderosos.

VIII

Tales fueron los sucesos principales de esta época terrible, en que un hijo en el trono tenia que estar enviando al suplicio á los que defendian el honor, la belleza y los derechos legítimos de una madre, y tal el fin trágico de todos los amigos y enemigos de la reina cautiva, que desde su cuna hasta su muerte, dejó á su paso por la tierra un abundante rastro de sangre y de lágrimas. Amantes, esposos, defensores, amigos, enemigos, todos pasaban como unos fantasmas, que iban rápidamente á precipitarse en la oscura y sangrienta vorágine de la guerra civil.

Antes de entrar en la narracion de los dolorosos pormenores de los últimos dias de la reina de Escocia, dedicaremos algunas líneas mas, para dar á conocer tanto como es posible su carácter y su vida.

En Francia llamaban á María la reina Blanca, no solo por su hermosura, sino porque á la muerte de su esposo Francisco II, se vistió de blanco con mucha elegancia, cuya costumbre no se cambió sino hasta 1559, en el funeral de Enrique II. Desde que pasó á residir á Escocia, adoptó de preferencia para ella y sus cuatro doncellas, el trage oscuro, con grandes mangas, y adornado con los mas exquisitos encajes blancos que se fabricaban entonces. Su principal esmero lo ponia en el peinado, que lo usaba muy diferente de la moda de ese tiempo, y parecido al que hoy se usa, y que da una gracia singular á la fisonomía de las mujeres.

Parece que María Seaton era la que siempre acostumbraba peinar á la reina, la cual decia, que difícilmente se podia encontrar en Europa una mujer que tuviese mas gracia y mas destreza para el tocador. El trage interior era de lo mas fino, todo bordado y calado, y casi nunca usaba medias que no fuesen bordadas de oro: se cuenta que la reina Isabel tenia únicamente dos pares, mientras pasaban de treinta los que siempre tenia la soberana de Escocia.

Era, dicen los escritos de su secretario Melvill, una mujer que se parecia á su madre María de Guisa, en su alta, majestuosa y bien proporcionada estatura: su pelo era mas bien oscuro que rubio, sus ojos grandes y de color de castaña, su nariz como la de su padre, un poco larga, su cútis limpia y aterciopelada, y su fisonomía de ese marcado y bello tipo de la Grecia. La opinion general, aun de sus propios enemigos, la proclamaba mas hermosa que su rival la soberana de

Inglaterra. María tenia la timidez nerviosa propia del sexo delicado; y un ruido repentino, una amenaza del furibundo Knox, la hacian quizá estremecer; pero en las ocasiones solemnes tenia toda la decision y valor de los de su raza; así es que hacia largas y en aquel tiempo peligrosas excursiones á caballo, asistia á las batallas, y se ponia á la cabeza de los escuadrones de caballería para perseguir y amedrentar á los que se rebelaban contra su autoridad. En los primeros años de su vida, su carácter fué ligero y apasionado, la impresion del momento la dominaba, y no pensaba ni en los obstáculos, ni en los inconvenientes; así fué que sus casamientos fueron desgraciados, y en medio del influjo de su hermosura y del poder que tenia como reina, su vida doméstica fué, por lo general, llena de sinsabores y de desagradables altercados, particularmente con Botwell, que por sus hechos y por las referencias que de él hacen las historias, parece que no cabe duda en que era un hombre de modales groseros, de una educacion comun, de un corazon depravado, incapaz de ningun sentimiento delicado y generoso; sin embargo, María, por un capricho inexplicable, le conservó desde su prision de Lochleven un afecto delicado, á que, en verdad, no era acreedor. Pudo muy bien la reina de Escocia haber escogido entre los príncipes de Europa el que hubiera querido, pero parece que dejó á un lado todas las consideraciones de política, y no se guió en la eleccion de sus esposos mas que de las inclinaciones de su corazon, que fueron por cierto fatales y desgraciadas: uno de los que con mas calor

pretendió su mano, fué el duque de Leicester, y como María parece que rehusó aun entrar en explicaciones, se concitó un mortal enemigo, que mas tarde ayudó con su influjo, en la corte de Inglaterra, á precipitar al cadalso á la que antes habia solicitado para esposa.

María, además de ser diestra en el manejo de las armas y del caballo, era una notabilidad en las obras de aguja y de bordado: su imaginacion activa nunca le permitia estar ociosa; así es que cuando iba al parlamento, ó asistia al consejo, trabajaba alguna obra de mano, y desde luego esto se usaba entre las personas mas nobles en aquel tiempo, pues alguno de los escritos dice: «La reina, siempre que asistia al parlamento, lo hacia ocupándose en hacer algun tejido ú otra obra de aguja, como *convenia á una persona de su rango.*»

Los sufrimientos y soledad de los diez y siete años de prision, hicieron una revolucion en el carácter de la reina. Prudente, religiosa, resignada, humilde, sin descender nunca del rango y de la dignidad en que la habia colocado su nacimiento, pudo soportar su desgracia, ser superior á las ingratitudes de los de su familia, á las venganzas de sus enemigos y á la inaudita crueldad de la reina de Inglaterra, dejando á la posteridad una imágen siempre luminosa y brillante, que ni entonces ni despues pudo oscurecer el soplo emponzoñado de las pasiones políticas y religiosas.

Su correspondencia, publicada en dos volúmenes por esa distinguida escritora, que ha dado á conocer el carácter verdadero de las reinas y princesas inglesas, como no lo habian hecho, ni el filósofo Hume, ni sus continuadores Smollet y Aikins, demuestra el talento sólido que poseia la reina de Escocia, superior á muchos de los altos personajes de su tiempo, y da á conocer, como se conoce en la correspondencia privada y familiar, el fondo del verdadero carácter descubriendo aun los mas ocultos rincones de la conciencia.

De la narracion que hemos hecho de las aventuras de la reina, puede deducirse que tuvo poca ó mucha parte en algunos de los actos violentos y criminales que se cometieron; pero de la correspondencia nada se puede traslucir que indique, ni pasiones, ni resentimiento, ni odios, ni culpabilidad; pero todavía pueden sacarse mas ámplias pruebas de las acusaciones de sus propios enemigos, que en medio de su implacable furor y de los vehementes deseos que tuvieron para conducirla á la deshonra y á la muerte, nunca pudieron presentar datos bastantes para condenarla; pero aun cuando la reina, mal guiada quizá por las pasiones ardientes de la juventud, hubiese tenido parte en alguno de los actos atroces y bárbaros de que están llenas las páginas de la historia de Escocia en aquella época, los tormentos de la segunda mitad de su vida, que soportó con la resignacion de una santa, habrian sido mas que suficientes para proporcionarle en la tierra el perdon de los hombres. Raza de víboras, como decia Jesucristo, perdonan al fuerte y al poderoso; pero jamas transigen ni con la debilidad ni con el arrepentimiento.

En efecto, las cartas todas de la desgraciada cau-

tiva, dirigidas al embajador de Francia, al duque de Guisa, á Enrique III, al arzobispo de Glasgow y aun á la misma reina Isabel, demuestran bien sus penas y sus martirios. Ya la privaban de la servidumbre á que estaba acostumbrada, ya le impedian que diese sus paseos por el campo, ya la rodeaban de hombres armados de mosquetes y grandes puñales, que no se separaban de ella un momento, ya, en fin, le escaseaban hasta los alimentos diarios; así tenia continuamente que escribir á este ó al otro personaje, para obtener lo que le faltaba, ó para quejarse del injusto tratamiento que se la daba. Su idea dominante, como la de todo prisionero, era la libertad: así al menos durante muchos años, conservó esta esperanza, que era como un fanal que lucia entre las siniestras sombras de los castillos á que la conducian prisionera.

Dos cosas amargaron mucho la existencia de la reina durante su cautividad: una fué la ingratitud de su hijo, y otra las calumnias de la condesa de Shrewsbury. En cuanto á su hijo, Jacobo VI, en los primeros años de las desgracias de María nada podia hacer en su favor, porque era un niño: cuando tuvo mayor edad, dominado por la reforma, subyugado por los cortesanos, y príncipe débil y pobre al lado de Isabel, rica y poderosa, nada pudo hacer para salvar á su madre de la muerte, y sus cartas eran interceptadas: las que llegaban á las manos de María, eran dictadas por otros, y en consecuencia secas, frias, severas tal vez, como si un juez las escribiese á un reo.

—Tengo herido, traspasado el corazon, con la ingratitud de mi hijo, y me veo tentada de lanzar mi maldicion sobre su cabeza, decia María Estuardo; y el hijo, despues de la muerte de la madre escribia:

—Soy impotente para vengar el horrible asesinato de mi adorada madre, cometido por los antiguos enemigos de mi estirpe y de mi reino.

Así, la una con el corazon lleno de amagura, y el otro con el despecho de la impotencia, y engañados por el comisionado Patricio Gray, que por mucho tiempo se creyó que Jacobo VI habia enviado á Inglaterra para apresurar la ejecucion de María, vivieron los últimos años heridos en los sentimientos mas santos y delicados del corazon. La madre murió sin recibir el último adios de su hijo, y el hijo sin recibir la bendicion de la reina mártir, que volaba purificada á los cielos.

Durante el tiempo que estuvo la reina confinada en Sheffield, en Wingffiield fueron sus custodios ó carceleros el conde y la condesa de Shreswsbury, y parece que en el último punto habia un castillo, que no era de la corona sino que pertenecia á esta familia.

Jamas estuvo María mejor tratada que entonces, particularmente por la condesa: nada de lo que apetecia, se le negaba, y se puede decir que se adivinaban sus pensamientos: el conde, por su parte, nada dejaba que desear á María: complaciente, afable, caballeroso, no habia cosa que pudiera agradar á la cautiva que el conde no se apresurara á hacerla. Como la desgracia vuelve el carácter desconfiado y suspicaz, no dejó de llamarle la atencion á María la conducta de sus carce-

leros, que positivamente era una extraña novedad, y en breve tuvo las mas fundadas presunciones de que los dos le hacian traicion. La condesa le repitió frecuentemente que no habia que fiarse mucho de su marido, sino de ella, que empeñaba su palabra de que en caso que corriera peligro su vida, ella la salvaria, para lo cual tenia tomadas sus medidas, siendo una de ellas el tener á su hijo Cárlos Cavenedish en Lóndres.

La pobre María creyó, como cree todo enfermo en su salud; pero su sorpresa fué mayor que su esperanza, cuando supo que el plan de la condesa de Sherwsbury era colocar en el trono de Escocia á Aravela Estuardo, y casarla con Roberto, hijo del conde Leicester. Verdad es que los dos futuros soberanos eran unos niños; mas de todas maneras, mas tarde ó mas temprano, era necesario que la condesa, para llevar adelante su proyecto, se desembarazase de María Estuardo. Todas sus cartas, escritas desde 1584 en adelante, indican el temor que tenia de que la noche menos pensada y con pretexto ó sin él, fuese víctima de algun horrendo atentado. En efecto, existia un partido en la corte de Isabel, que opinaba porque se hiciese morir repentina y secretamente á María Estuardo, en vez de esperar una ocasion para que cayese en alguno de los muchos lazos judiciales que le tendia á cada momento la pérfida política de la corte inglesa.

Luego que María estuvo cierta del doble manejo de la condesa, escribió una larga carta á Mr. de Mauvisiere, embajador de Francia, rogándole que impusiera muy detenidamente y en la mayor reserva á la reina Isabel, de la *traidora conducta* de la condesa de Shrewsbury.

Parece que al escribir esta carta, María tenia el mejor concepto y la mas grande confianza en el conde; pero pocas semanas despues la condesa fingió estar celosa, ó realmente lo estuvo, y propagó las mas atroces calumnias contra el honor de María, hasta el grado de asegurar que habia resultado un hijo de estos amores criminales.

María no pudo guardar silencio, y pidió con la mayor energía é instancia que se hiciese una averiguacion ante la reina y su consejo, para que fuesen castigados severamente los autores de estas calumnias, al mismo tiempo que escribió al embajador de Francia para que rogase á la reina que inmediatamente la trasladasen á diverso castillo, y la pusiesen bajo la custodia de otras personas que no fuesen el conde y la condesa de Shrewsbury. Parece que los pasos que dió el embajador surtieron efecto, pues María fué trasladada á *Tutbury*, y en el archivo de Estado consta una declaracion de la condesa y de sus dos hijos, en que aseguran que todas las calumnias y especies que circularon fueron enteramente falsas, y que nada tenian que decir contra el honor de la reina de Escocia.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIV.